



*Paz y literatura*¹

por Pablo Montoya

PABLO MONTOYA, Escritor y profesor de la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia). Con su novela *Tríptico de la infamia* ganó el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos (2015) y el Premio de Narrativa José María Arguedas (2017). Por el conjunto de su obra ganó en 2016 el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso. Es miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.

pablojmontoya@yahoo.com

Lo primero que debe decirse, apoyándose en Erasmo de Rotterdam, es que la paz más injusta es siempre preferible a la más justa de las guerras. Erasmo lo considera así en su *Lamento de la paz*, publicado en 1516, cuando Europa empezaba su ciclo agresivo de guerras religiosas. Lo que indigna a Erasmo es saber que la guerra la patrocinan personas poderosas que se creen honorables y que un pueblo ignaro es manipulado por ellas. Su indignación alcanza, sin embargo, un dramatismo mayor cuando se da cuenta de que sacerdotes y ministros cristianos, del bando católico y protestante, son los más eficaces promotores –él los llamaba Antorchas– de la guerra. Erasmo es quizás el primer escritor en la historia moderna de Occidente que decidió enfrentar el equívoco de la guerra desde una voz autónoma. Voz que estaba convencida de que el mejor camino para los seres humanos, inmersos siempre en las tinieblas, era practicar la concordia y vivir en paz. Pero entre él y nuestro presente han cambiado muchas cosas. Entre ellas la percepción de la guerra por parte de quienes la han cuestionado. Erasmo, hijo de su

¹ Una primera versión de este texto fue leída en la apertura del VIII Congreso Medellín Negro, el 13 de septiembre de 2017. Una segunda, con correcciones diversas, fue leído en la apertura del II Congreso de Literatura y derechos humanos, en Morelia, el 22 de noviembre de 2017.



época, pensaba que había guerras justas, y entre ellas situaba las que el cristianismo emprendió contra los infieles de Mahoma. Como buen cristiano del siglo XVI, él no alcanzó a criticar esas largas y santificadas guerras que hemos llamado Cruzadas. Jornadas expansivas, con claras pretensiones económicas, justificadas por la cruz. Hoy se ha avanzado algo en este atropellado terreno y se puede afirmar que ninguna guerra, cualquiera sea su causa o su condición, es justa así esté amparada por un determinado sistema judicial.

El planteamiento de Erasmo, y a propósito del desarrollo de los acuerdos de paz del gobierno colombiano con la guerrilla de las FARC, pareciera advertir que todos estos procesos están de tal modo diseñados que merecen reproches y deberían ser modificados para el beneficio no de los poderosos de un lado y otro, sino de la justicia y los derechos de las víctimas. La sociedad civil, y sobre todo los sectores más injuriados por la violencia, casi siempre ha estado ausente en estos diálogos. Erasmo es claro, en todo caso, cuando anota que las legalizaciones de la paz, así estén plagadas de trampas legales, son mejores que la locura de la guerra. Hay otra conclusión, por lo demás, que se extrae de la lectura del *Lamento de la paz*. Quien reflexiona sobre la guerra y la paz es un hombre de conocimiento, una suerte de individuo letrado, sabedor de su fragilidad ante la fuerza del horror, pero que se toma a sí mismo como una conciencia de un determinado grupo social.

Para Erasmo, así no lo diga directamente en su *Lamento*, la guerra es considerada como uno de los males supremos. Recuérdese que gracias a sus interpretaciones, un cierto racionalismo filosófico europeo –el que está presente, por ejemplo, en *Sobre la paz perpetua* de Emmanuel Kant– no tardará mucho en comprender la guerra como el origen de todos los males y de toda corrupción moral, si es que ella no es el mal y la corrupción mismos. Mal que, para algunos de sus apologistas, es inherente a la condición natural e histórica del hombre y, para otros, hay que erradicar para empezar un camino más eficaz hacia la perfectibilidad humana.

Hay otra formulación de Erasmo que es importante mencionar. Ella es tan básica y certera que sigue desarmando a cualquier emisario de la intemperancia: la paz consiste esencialmente en el sincero deseo por la paz. Tal deseo es, en realidad, lo que ha sido difícil mantener encendido, no solo como noción filosófica, sino como emblema ético capaz de forjar sociedades equilibradas. Uno de los escritores que entendió esta especie de postulación de la paz, y la mantuvo prendida hasta un límite que a muchos sigue pareciendo excesiva, fue Lev Tolstoi. Sus ensayos significan un repudio total a la guerra que lo llevará, gracias a la comprensión de sus mecanismos internos, a la práctica de un pacifismo de tintes anarquistas. Para Tolstoi la guerra no era más que una coyuntura brutal alimentada de patriotismo, religión y finanzas económicas. Ya Michel de Montaigne decía que se va a la guerra por deber y por búsqueda de honor. El joven Tolstoi fue a ella, a la guerra del Cáucaso y a la de Crimea, empujado también por estos valores que durante siglos han sido uno de los motores de la aniquilación humana. Pero más tarde, y a causa de una profunda crisis espiritual, Tolstoi terminó convirtiéndose en uno de los críticos más contundentes de ese deber y de ese honor.

Erasmo apuntaba, en cierta medida, a una especie de conciliación entre la paz y la guerra. Los ensayos de Montaigne, en los pasajes que trata sobre diversas batallas,



también toman este rumbo. Pero Tolstoi, tres siglos después, se asqueará de esta supuesta conciliación. Fue a propósito de la Convención de Ginebra que al conde ruso le solicitaron, desde periódicos de Italia y Francia, sus opiniones sobre cómo humanizar la guerra. Tolstoi se sublevó, pensando que aquello de humanizar la guerra resultaba siendo más vil que incitarla, y escribió unas páginas rotundas cuyas conclusiones valdría la pena tener en cuenta. En primer lugar, está el concepto de nación y el ejercicio del patriotismo. Tolstoi comprendió que la dupla nación y patriotismo, bendecida por la religión, es nociva porque está anclada en la violencia. Y hoy existe un mayor convencimiento, entre las gentes que se preocupan por crear y desarrollar espacios de paz planetaria, que para lograrla ese organismo llamado estado-nación sigue siendo uno de los obstáculos mayores. Una organización, por ejemplo, como lo es las Naciones Unidas ha demostrado su falta de eficiencia frente a la eliminación de la guerra porque los estados que ella reúne –así lo señala David Adams– monopolizan y sofistican el asesinato amparados en su derecho fundamental de hacer la guerra interna y externamente. Gandhi lo expresaba con una claridad más tajante: “El Estado representa la violencia en una forma concentrada y organizada”. Y Weber, desde el lado de una esfera más sociológica, definía el Estado como esa organización que posee el “monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio determinado”.

Ahora bien, el ataque contra el militarismo de Tolstoi está enraizado en una convicción. Él creyó que la guerra es una enfermedad de la humanidad y, por lo tanto, aconsejó ciertas curas. Como le parecía evidente que el militarismo de su época estaba alimentado de religiosidad y patriotismo, el escritor de Tula propuso eliminar el servicio militar obligatorio que ha sido, desde tiempos remotos, la base de las agresiones nacionales e imperiales. Agresiones que no solo se dirigen hacia el ser humano sino hacia la naturaleza. Basta una mirada general a las actividades militaristas, desde las emprendidas por el imperio romano hasta las efectuadas por las democracias neoliberales de ahora para comprobar el mal ocasionado a los bosques, a los mares, a los ríos. Y frente a la religiosidad, Tolstoi planteó un regreso al cristianismo de los evangelios, y no a la manipulación que de ellos han hecho las instituciones eclesiásticas. No se olvide que las tres grandes religiones monoteístas se han impuesto en el planeta porque los máximos líderes y sus enrevesadas burocracias institucionales, entendieron que para hacer prevalecer su poder espiritual debían unirse a los militares y a los grandes consorcios del comercio, y aprobarles sus campañas de expansión devastadora. De esta manera, y esto lo supo Tolstoi, siendo espacios configurados inicialmente para instalar la paz, el amor y el diálogo en el corazón de los hombres, las religiones monoteístas, y hasta aquellas que no lo son como el budismo, se han convertido a lo largo de la historia en estandartes del furor y la dominación del otro.

Hay en Tolstoi, no obstante su dureza contra los militares y las altas jerarquías ortodoxas y católicas, una solidaridad con el pueblo. No con el pueblo ruso en particular, sino con el pueblo de todas partes que siempre es la carne de cañón en esos vertederos impresionantes de la sangre. Y se trata de una solidaridad conmovedora que jamás abandona los tonos de la misericordia y la compasión cristianas. Este amor por el pueblo, que en ocasiones suscita la sospecha porque pareciera levantarse como una modalidad más del patriotismo, caracterizan una gran cantidad de cuentos y novelas que se



escribirán después y que, al mismo tiempo que fustigan la guerra, exaltan la valentía del pueblo que la realiza. Pero, como dice Stefan Zweig, Tolstoi cuestionó la guerra y exigió el amor hacia los principios más nobles del pueblo, convencido de que el hombre lograría, acudiendo a un deseo sincero de paz, salir del atolladero de esas violencias legalizadas. Solo transcurren cuatro primaveras por encima de su tumba en Yásnaia Poliana para que las conflagraciones ensangrienten de nuevo al mundo. La experiencia de la primera guerra mundial –su desmesurada cólera, la manipulación impúdica ejercida por los generales, los emperadores y demás poderosos de turno sobre los medios de comunicación, ese patriotismo de pacotilla recubierto con medallas, himnos y honores que lo premiaron– hará que surja una voz que es de las más memorables de la literatura en lo que tiene que ver con el tema del belicismo. En *Viaje al fondo de la noche* de Louis-Ferdinand Céline, a quien pareciera influir tanto el Tolstoi de los ensayos como el de los relatos de Sebastopol, hay un rechazo visceral de la guerra. En el Céline de esta novela –pues hay otro, incendiario y recalcitrante, que provoca un rechazo rotundo–, la guerra se vilipendia hasta la caricatura. Con todo, lo que debe precisarse es que el desmonte de la guerra que se hace en *Viaje al fondo de la noche* se efectúa desde una posición pacifista llevada al límite. En algún momento Bardamu, personaje principal de la novela, le dice a alguien que lo ha tratado de cobarde: “Yo rechazo la guerra y todo lo que hay dentro de ella. No la deploro, no me resigno a ella, la rechazo completamente, con todos los hombres que contiene, no quiero tener nada con ella ni con ellos. Así fueran 980 millones contra mí solamente, serían ellos los equivocados y yo quien tendría la razón. Porque soy el único en saber lo que quiere. No quiero morir”.

Hay un apunte de Hermann Hesse a propósito de la paz que es pertinente no solo para dejar la guerra –¿es posible liberarse de su impronta universal, de su armazón sólido elaborado para garantizar la continuidad de los grandes poderes estatales?–, sino para adentrarse en esa paz que respiran los países que han podido salir de largos períodos violentos. Dice el escritor alemán que fue, recuérdese, un pacifista en la línea de Erasmo y de Tolstoi: “La paz no es un estado paradisiaco, ni una convivencia regulada por un acuerdo. La paz es algo que no conocemos, que solamente buscamos. La paz es un ideal. Es algo indescriptiblemente complicado, amenazado, frágil, un aliento basta para comprometerla”. Convéngase en que Hesse tiene razón, al menos en la segunda parte de su aserto. Pero en lo que respecta a la forma de convivencia regulada por un acuerdo, podría rebatírsele, si se piensa en lo que está pasando en Colombia actualmente. Porque resulta que la paz de ahora, aunque no es de índole paradisiaca, si está regulada por unos acuerdos. Valdría la pena preguntarse entonces: ¿qué tipo de paz es esta, a la luz de los pensamientos éticos que hemos venido presentando en estas líneas? ¿Qué pensaría Erasmo, qué pensaría Tolstoi, qué pensaría Hesse de nuestra paz colombiana?

Es arduo hacerse ilusiones, y es muy probable que ellos concluyeran que se trata de una paz viciada. Si se aborda la paz, no en un sentido religioso –así las religiones se sigan arrogando el derecho de manipular este concepto y esta realidad–, sino desde una dirección propiamente laica, como noción venerable, transparente, honesta; una paz que, además, no solo ayude al progreso material de una comunidad humana, y respete el entorno natural en que ella nace, se desarrolla y muere, sino que reconforte espiritualmente a quienes han de vivirla, es arduo enaltecer los procesos de paz firmados



en La Habana. En primer lugar, porque ellos han sido negociados por victimarios, y estos victimarios –el gobierno y las FARC– han sido ejemplarmente brutales. Se sabe también que estos acuerdos, a pesar de su relieve imperfecto, fueron legitimados por las leyes a través del diálogo, y no a través de victorias militares. Aspecto plausible y que demuestra una cierta evolución mental de los guerreros colombianos. Sin embargo, una legalización así no nos exime de sospechar que nuestra paz, como todas las de este tipo que se han firmado, hundan sus pilares en aguas cenagosas. Y es que una paz que surge de una negociación realizada por asesinos no garantiza ninguna magnanimidad. Salvo que queramos entender su anhelo de concordia y su contrición por tanto sufrimiento causado con la guerra como una de las maneras de esa perfectibilidad humana que planteaba Tolstoi, y que las sociedades intentan alcanzar, generalmente, sin muy buenos resultados. La paz, esa paz que se nos viene encima como un reto tremendo de cara al mundo, ante nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro, debe ser una paz iluminada por la adquisición de un solo objetivo: no más retaliaciones militares y, en cambio, una voluntad colectiva cuyo objetivo principal sea una reconciliación que saque a Colombia del fango histórico hecho de tantas guerras injustas. Una paz que busque, ante todo, la creación y consolidación de una cultura donde la política y la economía se abracen con el respeto hacia la naturaleza y un sentido genuino de la solidaridad humana. Porque una paz que sume a los otros en la miseria y le niegue a los más desfavorecidos su dosis de consolación ante los males que han sufrido, y se afiance en una economía del despojo –que prefiere el oro y otros minerales por encima de la defensa del agua y el aire–, es una paz enteca.

Por primera vez en la historia de Colombia hay muchas personas e instituciones que están trabajando para edificar esta paz. El precedente más cercano de un entusiasmo semejante fue lo que sucedió con la constitución de 1991. Pero entonces esa constitución altruista –si Víctor Hugo la hubiera leído volvería a sonreír y tratar a los leguleyos colombianos como criaturas angelicales–, no fue suficiente para detener los demonios del paramilitarismo y la guerrilla, y no se diera la temible ventisca, insuflada por el narcotráfico, que habría de lanzar a este país a una época de gran penumbra. De ella, por supuesto, no hemos salido porque de la geografía nacional no se han erradicado ni la inequidad social, ni la miseria material y espiritual, ni el narcotráfico, ni el paramilitarismo, ni la corrupción, ni la impunidad, ni el miedo. Como vemos, Hesse tenía razón: la paz es un asunto demasiado frágil, y más todavía en una Colombia como la que hemos edificado con torpeza.

La pregunta que, por lo tanto, me concierne en tanto que escritor es: ¿cómo la literatura podría participar en esta confluencia de múltiples inquietudes desprendidas por los acuerdos de paz firmados en La Habana? Debe sustentarse en un credo que ha movido la escritura literaria más arrojada: ha de hundirse en zonas turbias. En el caso colombiano significa sumergirse en el pavor de la guerra de estos últimos cincuenta años, que es una consecuencia de la guerra de la violencia partidista, y esta de la guerra de los Mil días, y esta de las guerras civiles del siglo XIX, y estas de las guerras de la colonia y la conquista. Guerras que han tenido, por lo general, como piedra de toque la repartición de las tierras y sus riquezas en manos de unos pocos. Porque la historia de Colombia y de América Latina no es más que la historia de esa distribución maltrecha de



unos bienes que, en principio, deberían ser patrimonio de todos. Habrá que imaginar una literatura “pacífica” que rastree los vestigios traumáticos de tantas confrontaciones. Y esto debería ser así porque hay, entre nosotros, demasiados terrenos lóbregos que permanecen escondidos, o que se han ignorado a punta de la inveterada amnesia, o a causa de la inveterada represión estatal o paraestatal que hemos soportado. La guerra de la que el país está saliendo ha dejado cientos de miles de muertos y millones de víctimas y una naturaleza afrentada por los numerosos ataques de los bandos en pugna; y la inmensa mayoría de estas muertes siguen envueltas en una impunidad vergonzosa. La literatura debe entrar en esos territorios del desdén y el desprecio, de la ofensa y el salvajismo, para que luego, desde su recinto de palabras, pueda divisarse un horizonte de comprensión y perdón. Hay que reconocer, con David Rieff, que hay momentos en la historia de las sociedades en que lo mejor es practicar no la remembranza de un pasado tortuoso, sino un olvido sanador. Pero en nuestro caso, donde hay tantas víctimas que han sido despojadas de su dignidad con ensañamiento, nuestra obligación es más recordar que olvidar, más remover los escombros del ayer que ocultarlos o ignorarlos. Y debemos penetrar en lo abominable, no para enarbolar una parafernalia obscena, corriéndose el riesgo así de banalizar los tormentos, sino para rescatar, desde el ejercicio de la escritura y la memoria, al ser humano pisoteado.

Eso lo hemos estado haciendo desde que José Eustasio Rivera escribió *La vorágine*. En esta novela formidable se muestra el destino funesto de miles de indígenas y colonos aplastados por el negocio de las caucheras. En esa misma dirección, Gabriel García Márquez y Álvaro Cepeda Samudio trazaron, en *Cien años de soledad* y *La casa grande*, el repudio caído sobre los obreros de las bananeras. Posteriormente, los narradores de la violencia partidista, entre quienes se destacan Hernando Téllez, José Osorio Lizarazo, Eduardo Caballero Calderón y Manuel Mejía Vallejo, dieron cuenta de esa coyuntura sangrienta. La literatura colombiana escrita en el siglo XX –y no solo la narrativa, sino la poesía, el teatro, el ensayo– no ha permanecido impávida ante esas coordenadas del vejamen. Empero, es a los escritores de hoy a quienes les corresponde prender una vez más la cerilla de la que hablaba William Faulkner. Esa cerilla cuyo propósito es alumbrar las tinieblas circundantes. Aunque esto se hará no para influenciar la política y sus representantes viciosos, sino para incidir en la sensibilidad de los lectores. No hay que escribir solo pensando en los llamamientos, en las protestas, en las cartas de los intelectuales, en los editoriales de los periódicos, sino para salvaguardar a la criatura humana. Como dice Herman Hesse: “no hemos de predicar, ordenar ni rogar”. Simplemente nuestro compromiso es “resistir en medio de los infiernos y los demonios”. Y, sobre todo, no pretender una supuesta victoria en lo inmediato. El combate de la literatura, de esa literatura que se escribe para urdir la memoria y reparar a quien ha sido estremecido con encono, es particular. Hesse dice algo consolador al respecto: “A largo plazo seremos siempre los vencedores, no cabe duda, algo de nosotros perdurará cuando ningún ministro y general de hoy siga viviendo en la memoria de los hombres”.

Acaso sea oportuno ilustrar lo que han hecho los escritores en tiempos de paz con un par de ejemplos. Hace poco apareció una petición realizada desde un colectivo no gubernamental. Sus integrantes exigían la apertura de los archivos del Estado colombiano para que la sociedad civil pueda hurgar en ellos. La tarea pretende



comenzar una labor cuyo fin sea revelar lo que ocultan esos archivos. Así se sabría de la responsabilidad de políticos pujantes, de empresarios respetables, de venerables generales en actos criminales. Se conocerían conciliábulos espesos y alianzas siniestras entre unos y otros. Se trazarían las dinámicas del terror y los nombres de sus perpetradores. Ante este material archivístico ¿cómo podría comportarse la literatura? ¿Qué y cómo escribir frente a estas cloacas del poder estatal? En primera instancia, habría que atrincherarse en una especial valentía. Y luego, tratar de lanzar un chorro de luz sobre esas brumas con inteligencia e imaginación literarias.

Esto es lo que ha hecho Rodrigo Rey Rosa en su novela *El material humano*. La novela trata sobre el crimen y su memoria en la Guatemala del siglo XX. Frente a los fantasmas que hay en el Archivo Policial guatemalteco, desde los tiempos del General Ubico hasta la guerra entre gobierno y guerrillas comunistas, Rey Rosa asume el apunte o la nota de diario. Ante un fenómeno social caracterizado por el delito, el arte se apoya en el fragmento. La novela de Rey Rosa intenta descifrar un cúmulo de datos escabrosos (asesinatos, torturas, desapariciones, secuestros, complots) que corresponden a unas historias que, por órdenes superiores, deben permanecer ocultas. El narrador de esta novela quiere nombrar identidades, pero va dándose cuenta, a medida que avanzan los apuntes de sus libretas, de lo imposible del propósito. Y ello es motivado por la censura que se cierne sobre él, y porque se siente incapaz de plasmar cabalmente esa degradación. Hay, pues, coherencia entre lo que siente el narrador y lo que se lee. Material desvaído, apenas difuminos, huellas plasmadas que anhelan en vano atrapar la infamia. Y hasta tal punto planea esta impotencia en Rey Rosa, que aparece la pregunta de si la literatura puede vencer tales espantos. Lo que Rey Rosa provoca, al apoyarse en notas secas, breves, despojadas de cualquier retórica denunciadora, es un resultado particular: el desdibujo de un pasado criminal que termina impregnando el presente del narrador y el lector.

El material Humano es, en realidad, una obra en proceso. Su esquematismo, que persiste de principio a fin, es ambiguo. Por un lado, produce el efecto llamativo del inacabamiento; pero, por otro, constriñe los núcleos básicos de lo que es una novela. A fuer de su mecanismo escritural, es decir, de su sequedad narrativa, de su rapidez, de creer que en el carácter de la nota reside su eficacia, Rey Rosa deja en el lector una sensación incómoda que corresponde a la realidad memoriosa de un pueblo que ha sido estropeado por la inclemencia. Sus personajes víctimas no superan su condición de nombres. De tal modo que esta escritura no redime a estas víctimas, sino que, más bien, las deja suspendidas en el limbo asfixiante de una invisibilidad determinada. Hay un arte, siempre lo ha habido, o al menos desde que el hombre escribe sobre los sufrimientos colectivos, cuya pretensión, al adentrarse en el pasado, es rescatar la humanidad martirizada. Pero cuando se lee la novela de Rey Rosa algo nos dice que la literatura, así lo quiera, jamás cumple del todo este objetivo reivindicador. O que esta reivindicación, actuando al modo de aquellos memoriales que dicen nombres propios, fechas de nacimiento y muerte de personas ultrajadas para así tratar de vencer a la nada, solo sucede en el espacio ilusorio de la lectura. Unos versos de Antonio Gamoneda me vienen a la memoria: "Pálidos judiciales: ¿qué sois, qué sostenéis ante los muros aborrecibles?" Frente a este interrogante, surge este otro: ¿la literatura logra descender hasta esas



honduras para dignificar las existencias mancilladas? ¿O solo ha de conformarse con un gesto cuyo sentido no va más allá de despertar una que otra conciencia?

Hay una literatura que, ante los episodios de gran violencia y el deseo de los regímenes de borrar sus huellas deplorables, se podría delimitar con esta frase: Soy el lugar de todas las exhumaciones. La frase es, en efecto, como un baluarte frente al panorama que enfrenta la paz en Colombia. Un horizonte de casi ochenta y tres mil desaparecidos, una escalofriante cartografía de fosas comunes, una cifra de siete millones de desplazados y otra tanta de exiliados. Y en medio de este paisaje, enfrentar una vez más, porque esos eventos no se han superado, el fantasma del Palacio de Justicia, el del exterminio de la UP, el de la aniquilación de los jóvenes llamado con sórdido lenguaje "Falsos positivos". ¿Y cómo olvidar la naturaleza, nuestra casa en común, para utilizar una expresión cara a Leonardo Boff y al Papa Francisco? Ella, que representa la nutricia esencia femenina, ofendida incesantemente por las múltiples guisas de los mercenarios masculinos.

Cuando se propone una exhumación de esta índole, se está entonces ante una vía que se inclina más hacia la solidaridad con las víctimas que hacia la de los victimarios. Pero el asunto, en casos como la guerra colombiana, no es tan simple y más bien asume los rasgos de un enrevesamiento espantoso, porque hay victimarios que han sido víctimas y su resentimiento es lo que los ha llevado a tomar las armas para asesinar. Ahora bien, una exhumación sin memoria sería un acto fallido por no decir inútil. Y aquí se levanta un concepto cuya significación ha tomado en estos días contornos especiales. No es un fenómeno nuevo en absoluto. Algunos países del mundo han mostrado, incluso, un comportamiento paradigmático al respecto. Es decir, que de tanto repetirse y estar aquí y allá, las acciones memoriosas corren el riesgo de adulterarse. Estamos *ad portas* en Colombia de caer, como sucedió en la Francia de la década del 90 por ejemplo, en una especie de manía conmemorativa, en una danza ritual de sucesivas liturgias históricas. Aparecerán aquí y allá museos de la memoria, congresos sobre la memoria, publicaciones, documentales, programas que querrán visibilizar el pasado de las víctimas y los victimarios para hacer el debido balance. En este orden de ideas, se recordarán excesivamente unos episodios y se olvidarán a otros. Se irá, verbigracia, una y otra a vez a la tragedia de Bojayá en el Chocó perpetrada por la guerrilla de las FARC, y se olvidará cada vez más de la tragedia de San Carlos en Antioquia ocasionada por los paramilitares. Esta recordación intensa y hecha a la manera del mataculín, teniendo en cuenta a un país como Colombia tan propenso al olvido, es esperanzador por supuesto. Pero, de la misma manera, despierta inquietudes. "La memoria, dice Tzvetan Todorov, estaría amenazada en este caso no por el emborronamiento de las informaciones, sino por su superabundancia".

En un contexto como el nuestro, por lo demás, se está dando una situación que suscita la polémica: ¿cómo entender estos homenajes a la memoria de las víctimas cuando estos son emprendidos por el poder estatal y se sabe que este mismo poder es el gran responsable de esas calamidades? Estamos aquí, sin duda, ante una suerte de estado bipolar que, por un lado, hace el mal, y por el otro, intenta resarcirse apoyándose en labores humanísticas y humanitarias. Y, muy particularmente, no se debe desdeñar el hecho de que mientras se efectúan estas celebraciones se siguen cometiendo crímenes



en los que quizás nunca haya castigo para sus culpables. Esto llevaría a preguntarse una vez más: ¿de qué sirve solidarizarse con las víctimas de ayer si se ignoran las de hoy? ¿De qué sirve levantar mapas de masacres, listas de asesinados y desaparecidos, elaborar sistemas de justicia transicional, si se deja a un lado los asesinatos de líderes sociales que hoy suceden en diferentes zonas del país? Hay una disposición para conmemorar la paz, y se hace con aspavientos, se elaboran los ásperos inventarios con la pretensión de que la justicia actúe, y los grupos narco paramilitares siguen abatiendo a los defensores de los derechos humanos y de la naturaleza. ¿Cómo situarse en esta paz que transcurre en medio de situaciones ambiguas y de una crisis permanente? ¿Cómo efectuar, para ser más específicos en lo que tiene que ver con la historia reciente de Medellín, que es la ciudad donde vivo, una especie de reparación a las víctimas de ese lugar llamado La escombrera (la gran fosa común colombiana), cuando los principales culpables de estas operaciones desgraciadas –el presidente colombiano que la ordenó (Álvaro Uribe), el general que la ideó y la comandó (Mario Montoya) y el alcalde de Medellín que la autorizó (Luis Pérez)– ocupan altísimos cargos en el gobierno actual y no han recibido ninguna sanción? En suma, inquiramos: ¿de qué cultura de la paz se habla cuando el Estado posee una fuerza tal que continúa preservando la miseria de los más necesitados y sigue protegiendo la riqueza de los más poderosos?

Vivimos, en realidad, en un país anómalo. Hemos construido unas coordenadas excesivamente ofensivas, así algunos de nuestros intelectuales se consuelen diciendo que el nuestro es un país de cucaña si lo comparamos con otros que se llevarían los laureles frente a la desmesura de sus matanzas. Sé que estas comparaciones son necesarias, de algún modo, para no sentirnos las únicas víctimas de la historia y para evitar caer en el equívoco de creernos los más infortunados. Pero estas comparaciones no deben volvernos frívolos ante nuestro ayer. Considero, pues, que a este hay que hurgarlo con minucia, pero no para regodearnos con nuestras dolencias y considerar que merecemos el cobijo de la amargura y así justificarnos ante el presente, sino para prodigarnos ese alivio que tanto urgimos. Hay que enfrentar, entonces, esos espacios sombríos, escribir sobre ellos, para que en el porvenir los recuerdos no nos agobien y no nos induzcan a la inquina. Para domesticar ese fardo y vivir mejor en tanto que colectividad. Albert Camus frente a estas zonas torturadas por la opresión y la arbitrariedad humana decía: “En la tierra dolorosa, (esa extrañeza que nos ayuda a vivir y a morir) es la cizaña incansable, el amargo alimento, el viento duro venido de los mares, la antigua y la nueva aurora”.

Pero la violencia en Colombia ha existido, y seguirá perpetuándose, por la desigualdad social que la corroe, y porque todavía, perdónenme por insistir en ello, no hemos sido capaces de curar nuestra congoja provocada por las pasadas violencias. Una de las causas de este profundo malestar es el vínculo que, desde nuestro inicio como nación, hemos construido con la justicia. La nuestra está traspasada por la podredumbre y su forma de actuar, sostenida sobre un laberinto leguleyo de raíces coloniales y republicanas, más que exaltar la condición de los hombres la ha rebajado. Una justicia así no es una característica propiamente colombiana, ya Kafka demostró con sus ficciones que este problema no corresponde a una geografía social particular, sino al ser humano y a la manera en que él se comporta frente a las nociones de bien y mal. Pero también



hay que decir, recostándonos en una caricatura de nuestros diarios, que los políticos colombianos acusados por su relación con el crimen son senadores, candidatos presidenciales y hasta presidentes, mientras que en otras latitudes irían rápidamente a la cárcel. Por lo tanto, cuando un aparato judicial es tan mórbido como el nuestro, y su acción es tan perniciosa porque está sujeta a intereses sucios, ¿qué sentido tienen los ejercicios de la memoria realizados por la literatura? Quiero ser más exacto: si sabemos que no existe una relación veraz entre la paz y la justicia porque en la mayoría de los casos se niega la una para darle ventaja la otra, ¿la literatura no estaría limitada solo a dar un posible bálsamo a las víctimas, o una posible denuncia de los victimarios?

Cuando se hace un repaso por la historia de la literatura, es evidente que ella siempre ha sido memoriosa en tanto que su deseo ha sido desentrañar las improntas del horror. Una obra como la *Ilíada*, escrita desde el bando aqueo y zarandeada por las intervenciones de la gloria y el heroísmo de los hombres y los dioses de la Grecia antigua, sigue siendo un espejo que sirve para comprender las maneras en que una sociedad diseña una guerra y su pacificación respectiva. Bajo este prisma, desde la *Iliada* hasta *Viaje al fondo de la noche*, las grandes obras sobre la guerra terminan convirtiéndose en emblemas de paz. No hay que olvidar, sin embargo, que la literatura escrita, sobre estos tenebrosos periodos colombianos, se ha hecho, muchas veces, desde ciertas orillas. El escritor termina estando de un lado de un poder o del otro. Y ahí está, como ejemplo, la lamentable *Noticia de un secuestro* de Gabriel García Márquez que indaga unas coyunturas del crimen colombiano homenajando a un poder político que, según el escritor, era la mejor muestra de cordura y respeto, cuando era evidente que ese poder estaba a la sazón cubierto por una asquerosidad parecida a la que cubría a sus enemigos narcotraficantes. Lo que es necesario postular, frente a estas construcciones memoriosas de la literatura colombiana y latinoamericana, hechas desde el periodismo, la historia y la literatura, es que el escritor debería efectuarlas manteniendo una cierta autonomía. Autonomía que podrían servirle de escudo ante los formatos del amarillismo y el espectáculo, del artificio glamuroso, de la dominación ideológica, de la grosería que acompañan a los procesos de paz en nuestros días. Como vivimos en una sociedad de consumo democrático que todo lo deglute y lo transforma velozmente en mercancía, habría que preguntarse: ¿de qué modo preservar la memoria de los ultimados y vencidos sin que ella caiga en la manipulación de estas redes?

La novela de Patrick Modiano, *Dora Bruder*, es el segundo ejemplo que quisiera ventilar para ilustrar los comportamientos de un escritor frente a la memoria. Comprendemos que el pasado es una realidad vasta de la cual estamos separados por un muro de silencio y olvido. Cuando nos tropezamos con él para sopesarlo, encontramos capas de polvo con trazas de impenetrabilidad, confusas masas de rostros y acontecimientos sesgados por insultos, torturas, asesinatos que parecen imposibles de precisar con la palabra. En esta dirección, el sentimiento de impotencia que despliega el narrador de *Dora Bruder* es de la misma estirpe que el de *El Material humano* de Rey Rosa. Tales circunstancias son ineludibles por la misma condición en que transcurre el tiempo entre nosotros. Los seres humanos viven y mueren y el espacio en que lo hacen va transformándose vertiginosamente. Llegan las nuevas generaciones para arrasar –a veces sin saberlo, o en otras sabiéndolo– lugares por donde se pavoneó la ignominia.



Los hombres que han tramado un pasado siniestro, por lo general, se dividen en dos categorías: los que ocasionan el sufrimiento y los que lo padecen. A veces unos y otros son localizables, aunque en su gran mayoría se emborronan. Este desvanecimiento es debido a que aquellas nuevas generaciones representan ese poder de los vencedores cuyo deseo es, para su propia conveniencia, hacer desaparecer sus huellas escabrosas. Pero también es provocado por el humano deseo de olvidar las vergüenzas del ayer. Cuántas veces, como dice Pessoa, quisiéramos “no ser tiempo, ni ser, ni ser memoria del tiempo ni ser memoria del ser”. Porque cada uno de nosotros tiene derecho a olvidar y cada quien decide si debe recordar y qué debe recordar de un pasado aciago. Pero resulta que somos, de igual modo, parte de un engranaje social y estamos participando inevitablemente en la tragedia de los otros. Era Dostoievski quien decía: si no nos salvamos todos de qué sirve que se salven algunos. La memoria literaria reacciona entonces ante esos muros de amnesia y olvido levantados en nuestras sociedades modernas. Y lo que podría concluirse, al leer *Dora Bruder* de Modiano, es que el escritor intenta, a través de la escritura y con la dosis de fracaso que esta labor recordatoria implica, establecer un acto de liberación personal y, por ende, colectiva.

Desde el presente de un narrador que vive en el París de los años noventa del siglo XX, la novela de Modiano registra las sombras de esa ciudad ocupada por los nazis, en los años cuarenta. Su averiguación no es oficial, y esto me parece fundamental resaltarlo. El narrador de *Dora Bruder*, como el de *El material humano*, no trabajan para ninguna institución. Sus pesquisas no son pagadas por nadie. Ni por estados que pretenden curarse de sus sentimientos de culpabilidad, ni por oenegés que buscan sobresalir con sus acciones en panoramas cubiertos por la censura y la indiferencia. En el caso de *Dora Bruder* quien cuenta es un *flâneur* en el sentido baudelaireano del término. Recorre las calles de esa urbe que es “hospital, lupanar, purgatorio, infierno y prisión” para narrarla. Solo que el ocioso y sibarita y escéptico paseante del *Spleen de París* se ha convertido en la obra de Modiano, por el peso mismo de ese pasado doloroso y porque el autor es de prosapia judía, en una suerte de conciencia denunciante.

Pero ¿qué ocurre cuando un escritor asume su pasado para darle forma a uno de sus tantos fantasmas? Brota la experiencia del vacío al que debe enfrentarse la memoria. *Dora Bruder*, la adolescente judía que es capturada por la policía francesa y enviada a Auschwitz, es un espectro. Al inicio de la novela no es más que un nombre, con algunas características físicas, que aparece en un anuncio de un periódico del París ocupado. Pero esa figura impalpable va configurándose, a través de visitas minuciosas a archivos estatales y familiares y recorridos por calles e inmuebles, hasta que el lector la siente palpar en su vitalidad de adolescente rebelde, y en su desesperanza porque sobre esa muchacha ha caído el rayo del agravio. Ese itinerario investigativo, es decir, la reconstrucción a través del ejercicio de la memoria de una vida escarnecida y silenciada por el poder de los militares, provoca una impresión paradójica. De un lado, está la certeza de que se necesita largo tiempo, una empresa azarosa de imaginación literaria y averiguación histórica, para que emerja a la luz lo que ha sido suprimido. Pero, de otro, se nos dice que al escribirse libros de este tipo sus autores lanzan llamadas, que son como señales de un faro que trata de iluminar en vano la noche. Porque una cosa es cierta: los escritores nos sentimos solos, desprotegidos, vulnerables, cuando



auscultamos un pasado criminal desde vestigios inasibles. Por la dimensión del olvido y del silencio circundantes, tan solo resta esperar que nuestros mensajes arrojados a las tinieblas sean atendidos por los lectores. Y si ese lector surge, la conclusión de que escribir es dejar una impronta, así esta desaparezca después, ha de levantarse como la gran justificación de nuestro oficio.